

se honra al Hijo cuando se honra á la Madre, como dice S. Bernardo: *Dubium non est, quidquid in laudibus Matris proferimus, ad Filium pertinere.* Algunas personas piadosas visten hoy alguna doncellita pobre; otras envian la comida á los pobres del hospital ó de la cárcel, ó á alguna familia necesitada y vergonzante. Es limosna muy grata á la santísima Virgen dar el dote á una doncella pobre para entrar en religion. Tambien es otra muy loable y muy provechosa la de prometer á esta Señora abstenerse del juego y de todo gasto inútil durante la octava de su Asuncion, y repartir entre los pobres lo que se habia de perder ó ganar en el juego, y todo lo que se ahorró de gastos superfluos y escusados. Por lo menos no se pase el dia sin que bagas alguna limosna extraordinaria en honra de la Madre de Dios, y sin que visites la iglesia donde es hoy mas solemne y mas singularmente reverenciada.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

SAN JACINTO, confesor, del orden de Predicadores, en Cracovia en Polonia, al cual canonizó el papa Clemente VIII, ordenando que se celebrase hoy su festividad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN TITO, diácono, en Roma; el cual estando la ciudad en poder de los godos, porque iba distribuyendo limosna á los pobres, lo mandó matar un bárbaro tribuno.

SAN DIOMEDES, médico, en Nicea de Bitinia; el cual en la persecucion de Diocleciano fué degollado por la fe de Cristo y consumó el martirio.

TREINTA Y TRES SANTOS MÁRTIRES, igualmente.

SAN AMBROSIO, centurion, en Terentino en la campaña de Roma; el cual en la persecucion de Diocleciano fué atormentado de diversas maneras, y saliendo sin lesion de las llamas, arrojado al agua pasó al refrigerio eterno.

SAN SIMPLICIANO, obispo, en Milan; célebre por el testimonio que dan de él S. Ambrosio y S. Agustin.

SAN ELEUTERIO, obispo, en Auxerre en Francia.

SAN ARSACIO, confesor, en Nicomedia; el cual abandonando la militia durante la persecucion de Licinio, vivió en el desierto esclarecido con tantos milagros, que se dice haber lanzado á los demonios, y muerto con su oracion á un dragon: finalmente habiendo profetizado la destruccion de la ciudad, estando en oracion entregó su espíritu á Dios.

SAN ROQUE, confesor, en la Galia Narbonense en Mompeller; el cual con la señal de la cruz libró á muchas ciudades de Italia de la peste. Su cuerpo fué despues trasladado á Venecia, en donde lo deposita-

ron con mucha veneracion en una iglesia dedicada á su nombre. (*Véase su historia en las de mañana dia 17 de agosto.*)

SANTA SERENA, mujer que habia sido del emperador Diocleciano, en Roma. (Convertida á la religion cristiana fué bautizada por S. Ciriaco, y profesó el Evangelio en medio de la corte de su sanguinario marido, con el cual intercedia de continuo en favor de los cristianos. Ella misma no estuvo exenta de disgustos á causa de su fe, hasta que murió santamente á principios del siglo iv.)

SAN JACINTO, DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

SAN Jacinto, uno de los mayores ornamentos del orden de Predicadores, hijo de hábito del mismo patriarca Sto. Domingo, y criado á su misma mano, fué polaco; de la antigua casa de los condes de Oldrovans, la cual dió al reino de Polonia muchos grandes oficiales. Su bisabuelo Saultz de Oldrovans derrotó muchas veces á los tártaros; y su abuelo, que tenia el mismo nombre, se señaló por sus hazañas contra los enemigos del Estado. Llamóse Saultz de Konski, por haber heredado el condado de este nombre. Dejó dos hijos; el primogénito llamado Eustaquio, conde de Konski, fué padre de nuestro Santo; y el menor por nombre Ivo, fué obispo de Cracovia.

Nació S. Jacinto en el año de 1183 en el castillo de Saxe, diócesi de Breslau en la Silesia. Criaronle con mucho cuidado; pero dejó poco que hacer á la educacion el bello natural con que habia nacido. Su genial apacibilidad, la docilidad de su genio y de su corazón, su modestia, y sobre todo la inclinacion á la virtud que se admiró en él casi desde la cuna, fueron presagios ciertos de su futura eminente santidad. Eran sus padres unos señores llenos de religion, y le escogieron maestros que cuidasen de cultivar bien tan precioso terreno; de manera, que aplicándose á conservar la integridad de sus inocentes costumbres, tuvieron el consuelo de verle crecer cada dia en devocion y en madurez. Dió principio á sus estudios en el colegio de Cracovia, donde en breve tiempo se dejó admirar no menos su genio que su virtud; continuólos en Praga de Bohemia, haciéndose respetar mas por su sobresaliente mérito, que por su elevado nacimiento; y en fin, los fué á concluir en Bolonia de Italia, donde dió tantas pruebas de su profunda sabiduria, como de su eminente santidad. Acabados sus estudios, se restituyó á Polonia de todas aquellas universidades con la misma inocencia que habia llevado á ellas.

Prendado su tio Ivo de Konski, obispo de Cracovia, no menos de la brillantez de su ingenio, que de su virtud y de los progre-



S. JACINTO, C.
DEL ORDEN DE PREDICADORES.

sos que habia hecho en el estudio cursando todas aquellas escuelas, reconoció desde luego que no habia el Señor prevenido tan anticipadamente á su querido sobrino con sus mas dulces bendiciones para dejarle en el mundo. El mismo Jacinto declaró sobradamente que no pensaba servir á otro dueño que á Dios. Resolvió abrazar el estado eclesiástico, aunque era el primogénito de su casa. Prendado el obispo de aquella resolucion, juzgó no podia hacer mayor servicio á su iglesia que incorporar en ella á su sobrino. Proveyó en él una prebenda, y en breve tiempo administraron los canónigos en él un gran modelo.

Fué su primer cuidado instruirse en las obligaciones del estado que habia escogido. Comprendió que el empleo de canónigo no era un mero título como de beneficio simple, que solamente les obligase á cantar el oficio divino; consideró que los canónigos no solo se llaman así por la renta que gozan, y se llamaba antiguamente *cánon*, que significa prebenda, sino porque particularmente hacen profesion de vivir segun los cánones ó las reglas bajo las cuales fueron instituidos los cabildos. Estudió estas reglas, observólas con suma puntualidad, y en poco tiempo reformó su ejemplo todo aquel ilustre cuerpo.

Mas y mas prendado cada dia el obispo de la eminente virtud y de los raros talentos de su sobrino, quiso darle alguna parte en la administracion del obispado. En todas las comisiones que le encargó, mostró Jacinto mucha comprension, mucha sabiduria y mucha prudencia; pero ninguna de estas ocupaciones extraordinarias le estorbaba la continua asistencia á los divinos oficios, en los cuales á todos era ejemplo de recogimiento, compostura y modestia. Movido del amor que profesaba á los pobres, concurría muchas veces á servirlos en los hospitales. Ninguna necesidad de familia honrada y vergonzante se escapaba á su caridad; consumía todas sus rentas en limosnas, reduciéndose él mismo á la pobreza que procuraba disminuir, ó á lo menos suavizar en los otros.

Igualaban á los de su caridad los ejercicios de la penitencia. Era su vida un perpetuo ayuno; las maceraciones de su carne ponian horror á los mas fervorosos penitentes, y no se pasaba dia sin que inventase alguna nueva para añadirla á las penitencias ordinarias. El tierno amor que profesaba á Jesucristo, y era la fuente de todas las demás grandes virtudes, se manifestaba sobre todo en el altar. Su modestia y su respeto hacia á todos sensible su fe, y sus lágrimas daban testimonio de su afectuosa devocion. Pero entre todas las virtudes de Jacinto la que parecia mas sobresaliente, y que caracterizaba mas, era su ter-

nura con la santísima Virgen. Se puede decir que nació con esta señal de predestinacion, la cual se distinguió en él por todo el curso de su vida. Cuando estaba aun en la cuna, solo con ponerle delante una imágen de la Virgen saltaba de alegría. No se duda que aquella gran pureza de costumbres, aquella tan rara inocencia que le acompañó inviolablemente en todas las edades y en todos los estados hasta su santa muerte fué efecto de la singular proteccion de la Madre de Dios, de quien siempre fué favorecido, y de cuyo culto fué toda la vida el mas zeloso predicador.

Vióse precisado el obispo de Cracovia á pasar á Roma en defensa de los derechos de su iglesia, y quiso que Jacinto le acompañase en aquella jornada, para valerse de sus consejos y de sus alcances superiores. Pero eran otros los intentos de Dios. Acababa de obtener de los papas Inocencio III y Honorio III la aprobacion y la confirmacion de su orden el patriarca Sto. Domingo, tan conocido ya á la sazón en toda Europa por la fama de sus milagros y de su predicacion contra los albigenses. Movidos el obispo y el sobrino de las maravillas que el nuevo instituto hacia en toda Italia y en otras partes, entraron en deseos de que la Polonia participase de las grandes utilidades que procuraba á la Iglesia el santo fundador. Pidiéronle algunos hijos para que fundasen en su país conventos de su orden. Hallóse imposibilitado Sto. Domingo á satisfacer sus piadosos deseos, por haber enviado todos los operarios que tenia á diferentes provincias, de donde se los habian pedido; pero todo lo suplió lo mucho que podia con Dios. Suplicóle fervorosamente le diese nuevos hijos que pudiese enviar á Polonia. Oyóle el Señor, y en el mismo dia vinieron tres ó cuatro familiares del obispo de Cracovia á echarse á los pies del santo patriarca, y á pedirle el hábito de su orden. Recibiolos, pero el cielo le tenia destinado otro discípulo mas ilustre.

Noticioso Jacinto de la vocacion de los tres polacos, se sintió movido á seguirlos, y juntándose á esto su inclinacion á la vida penitente y retirada, resolvió imitar el ejemplo que envidiaba. Descubrió en confianza su intento á un caballero polaco primo suyo, llamado Ceslao, y en lugar de un mero confidente encontró en él un compañero. A este siguieron el mismo dia otros dos que eran amigos de entrambos, Hermano y Enrique, gentiles-hombres alemanes muy adheridos á Jacinto. Todos cuatro se presentaron á Sto. Domingo, que luego los recibió como un precioso don con que el Señor queria enriquecer su orden. Tenia ya muy conocido el santo patriarca el extraordinario mérito

de nuestro Santo, por lo que se aplicó con particular cuidado á cultivar aquel fertilísimo terreno, y á breves dias hizo del novicio uno de sus mas perfectos discipulos. No se puede explicar el fervor, el desasimiento y el olvido de todas las cosas con que entró nuestro Santo en tan gloriosa carrera, ni el valor con que la continuó. Seis meses estuvo bajo la disciplina del santo fundador, que viéndole ya elevado á la cumbre de una virtud á que los mas perfectos están aspirando toda la vida, juzgó debía pedir al papa dispensa para abreviar el tiempo de su noviciado. Consiguióla para él y para los otros tres compañeros suyos, que todos hicieron la profesion á los seis meses de novicios. Tenia Jacinto treinta y cinco años; y habia tomado tan perfectamente el espíritu de su fundador, que ya desde entonces se halló capaz de fundar por sí mismo casas de la orden.

Despues de haberle confirmado Sto. Domingo en todos los buenos pensamientos que el Señor le habia inspirado, y habiéndole instruido en el arte de predicar cristianamente, y de trabajar á un mismo tiempo en su propia santificacion y en la de otros, se le presentó juntamente con sus compañeros á su tio el obispo de Cracovia, que se volvia á su país, y nombró á Jacinto por superior de la mision de Polonia, infundiéndole su espíritu, y comunicándole tambien su mismo don de milagros. Partieron todos siete en compania del obispo; pero como habian resuelto hacer el viaje á pié y mendigando, á imitacion de los apóstoles, se separaron luego de él, y tomaron el camino por Venecia y por la Carintia. Predicaban en los lugares donde se detenian, y siempre con mucho fruto, conociendo luego los pueblos que el nuevo instituto se componia todo de varones apostólicos. Llegando á Friesach, ciudad de la Carintia, predicó en ella S. Jacinto con fruto tan copioso, y derramó el cielo tantas bendiciones sobre sus apostólicos trabajos, que los habitantes resolvieron detenerle. Fundó en aquella ciudad un convento de su orden, y se detuvo en ella seis meses para instruir y formar los novicios que se presentaban, y no fué posible que los ciudadanos le dejasen proseguir al término de su mision, hasta que los dejó á Fr. Hermano, uno de sus discipulos.

Cuando llegó á Polonia no son esplicables las demostraciones de alegría y de veneracion con que fué recibido. En todas partes le salia á recibir el clero, la nobleza y el estado llano, conduciéndole en todas como en triunfo. Rendianse estos honores, no tanto á su nacimiento como á su virtud. En él todo predicaba; su modestia, su exterior humilde y mortificado, y todos sus modales, todo concurría á granjearle la confianza y la vene-

racion de los pueblos. Llegó á Cracovia, y no solo fué recibido de su tio el obispo y del clero, sino tambien de la nobleza y del pueblo como un enviado del cielo. Apenas subió al púlpito cuando se vió desterrado el vicio, la profanidad y la disolucion. Bastaba verle para moverse á compuncion; bastaba oírle para convertirse: no bien dió principio á las funciones de su ministerio, cuando mudó de semblante toda la ciudad. Facilitáronle fondos para fundar un suntuoso convento. Cediéronle la magnífica iglesia de la Trinidad, que era la principal despues de la catedral. Muy en breve se vió fundado un espacioso convento, y lleno de un prodigioso número de santos religiosos, formados de su mano y animados de su espíritu, que llevaron á todo el reino las luces de la fe y la reformation de las costumbres. Asombra verdaderamente el número de las admirables conversiones que hizo, y fué su convento el asilo de la inocencia y de la mortificacion. Mudóse el semblante de toda la diócesi por el zelo de aquel nuevo apóstol, que resucitó en toda ella el espíritu de la oracion, de la caridad, y el uso de las abstinencias que se practicaban en los primeros siglos de la Iglesia.

No era fácil resistir ó á la fuerza de sus palabras, ó á la eficacia de sus ejemplos. Su abstinencia era continua. Además de los ayunos que prescribian las constituciones de la orden, ayunaba á pan y agua los viernes y todas las visperas de fiesta. Pasaba en oracion la mayor parte de la noche delante del Santísimo Sacramento, y el poco sueño que tomaba era sobre la desnuda tierra. Todos los dias añadía alguna penitencia de nueva invencion á las ordinarias. Por las noches despedazaba su cuerpo con una áspera disciplina, y en todos tiempos maceraba su inocente carne. No habia instante ocioso en toda la economia de su vida: ó predicaba, ó confesaba, ó visitaba los enfermos, ú oraba. Aunque era universal su devocion, no dejaba de mostrarla muy particular al Santísimo Sacramento del altar, y á la santísima Virgen, de quien recibia grandes favores. Nada emprendía que primero no lo ofreciese á Dios delante del Sacramento, implorando con una oracion particular la proteccion de la santísima Virgen. En todos sus discursos habia de entrar la devocion de esta Señora; promovía su culto por cuantos medios podia imaginar. Favorecióle con muchas gracias esta Madre de misericordia, derramándolas abundantemente sobre aquel su amado favorecido. Estando en oracion delante de su altar la vigilia de la Asuncion, y contemplando las maravillas de este misterio, se le apareció rodeada de un gran resplandor; y manifestándole lo gratas que le eran sus oraciones, le dijo: *Está seguro, hijo mio,*

de que conseguirás de mi amado Hijo todo lo que le pidieres por mi intercesion.

Despues de haber trabajado con tan feliz suceso en el obispado de Cracovia y en el territorio de su comarca, estendió su zelo á las provincias vecinas, y desde ellas alargó presto su mision á los países estranjeros. Envió á Bohemia con algunos compañeros al bienaventurado Ceslao, los cuales llenos todos de su espíritu, hicieron grande fruto. Tomó consigo nuestro Santo nuevos operarios, y se entró con ellos á intentar semejantes expediciones en el corazon del Norte, donde habia muchos pueblos ó cismáticos y herejes, ó idólatras y sin religion, y por consiguiente abundante campo para hacer conquistas al reino de Jesucristo. Hizolas; no bien se dejó ver Jacinto en aquellas naciones, cuando todos abrieron los ojos á las luces de la fe, y entraron en el gremio de la Iglesia. Los conventos de su órden que fundó en Pomerania, en la Prusia y en las costas del mar Báltico, como fueron los de Camyn, Premislav, Culm, Konigsberg, Elbing, la peninsula de Gedan, donde se edificó despues la célebre ciudad de Dantzick, fueron las mejores pruebas del fruto de sus trabajos, y otros tantos seminarios de hombres apostólicos. Creció su zelo á vista de tan felices sucesos, y pasó á la Livonia, á Suecia, á Dinamarca, á la Noruega, penetrando hasta la Escocia. Desde allí dió la vuelta hácia el Levante de Polonia, y predicando en la Rusia menor, reconcilió con la Iglesia romana al príncipe Daniel, que seguia el cisma de los griegos. No hubo jamás conquistador que en tan breve tiempo corriese tantos países, ni rindiese tantas naciones como este ilustre Apóstol conquistó para Jesucristo. Pareciendo estrechos los límites de la Europa á su apostólico zelo, corrió hasta las márgenes del mar Negro, entrando en las islas del Archipiélago sobre las costas de Asia, y en todas partes confundió el error, dispuso el cisma, destruyó la idolatria, convirtió mahometanos, haciendo triunfar en ellas la fe y la Iglesia del Señor. Volviendo despues á subir hácia el Norte, entró en la gran Rusia, ó en la Rusia mayor, es decir, en Moscovia. Facil es discurrir quanto tendria nuestro Santo que padecer en todas estas expediciones, tratando con pueblos bárbaros, á quienes le era tan preciso domesticar como convertir. Residió por mucho tiempo en la gran ciudad de Kiovia, capital de una y otra Rusia. Era abundante la miés, y trabajó en ella con tanto zelo, que le mereció nuevas bendiciones á sus grandes y apostólicas fatigas.

A la verdad, aunque fuese grande la fuerza de sus palabras, y mayor la de sus ejemplos en una vida tan santa, nada hu-

biera bastado, ó ni las unas ni las otras serian tan eficaces si Dios no las hubiese acompañado y sostenido con la virtud de los milagros. Hizolos tan grandes y en tanto número, que con razon se le puede llamar el Taumaturgo de su siglo. Habíanle fundado en Kiovia un hermosísimo convento y una magnífica iglesia. Sitiaron los tártaros la ciudad; tomáronla por asalto, y todo lo entraron á sangre y fuego. Acababa el Santo de decir misa cuando tuvo esta triste noticia; tomó el Sacramento en las manos, y mandó á todos los religiosos que le siguiesen; pasaba por delante de una estatua de alabastro de la santísima Virgen, delante de la cual solia hacer oracion, y oyó una milagrosa voz que le dijo: *¿Pues qué, hijo mio Jacinto, aquí me dejás á merced de los bárbaros?* Deshaciéndose en lágrimas el Santo, respondió: *Señora y madre mia, ¿como podré yo llevar una imágen de tanto peso?* A que respondió la imágen: *Haz la prueba, y verás que no es superior á tus fuerzas.* Tomó entonces el Santo la corpulenta imágen, la que se hizo tan ligera, que la llevó en una sola mano, y saliendo por la puerta de que todavía no se habian apoderado los tártaros, tomó el camino de Cracovia.

Siguióse inmediatamente al primer milagro otro no inferior. Llegando con aquella preciosa carga á la orilla de un caudaloso rio, se halló sin puente y sin barca para pasarle. Lleno entonces de confianza en el poder de aquel Señor que llevaba en sus manos, y en la proteccion de la soberana Reina, cuya imágen conducia, comenzó á caminar á pié enjuto sobre las aguas, y mandó á sus religiosos que le siguiesen. Este insigne milagro se refiere en la bula de su canonizacion; pero no fué solo. Iba un dia á predicar á Wisgrade, ciudad situada á las riberas de un profundo rio, y no encontrando barca para atravesarle, tendió su manto sobre las aguas, y pasó al otro lado. Resucitó en vida dos muertos, y obró tantas maravillas, que la misma bula de su canonizacion cuenta hasta mil y doscientas.

Despues de cuarenta años de trabajos apostólicos, acompañados de tan prodigiosos sucesos, le reveló el cielo el día de su muerte, para la cual se habia preparado toda la vida, y supo que habia de asistir en el cielo al triunfo de la Virgen el día de su gloriosa Asuncion. Cayó malo en el de las Nieves; y la vigilia de la Asuncion, habiendo exhortado á sus religiosos al desasimiento de todas las cosas, á la exacta observancia de su santo instituto, y á la devocion con la santísima Virgen, se dispuso con nuevo fervor para celebrar la fiesta. Asistió el dia siguiente á los divinos officios; y habiendo recibido todos los sacramentos,

rindió tranquilamente su espíritu en manos del Señor el día 15 de agosto, y fué á recibir en el cielo el gran premio debido á su inocencia y á sus merecimientos. Sucedió su muerte el año de 1257, á los setenta y dos de su edad. El mismo Dios quiso dar testimonio á los hombres de la santidad de su siervo, y de la gloria con que le habia coronado, continuando despues de su muerte la virtud de los milagros que le habia concedido en vida. Fué canonizado con la acostumbrada solemnidad por la santidad de Clemente VIII el año de 1594, y el papa Urbano VIII fijó su fiesta el día 16 de agosto. La reina de Francia D.^a Ana de Austria, madre de Luis el Grande, consiguió de Ladislao, rey de Polonia, un considerable hueso de las reliquias del Santo, y fué el cráneo, que se colocó en la iglesia de los padres dominicos de la calle de S. Honorato en París. El cuerpo del Santo se venera en la magnífica capilla de Cracovia, que se edificó en honra suya.

SANTA EUFEMIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

LA santa iglesia de Orense hace hoy fiesta á Sta. Eufemia, virgen y mártir, cuyas reliquias consta hallarse en aquella ciudad desde mediados del siglo XII. La injuria del tiempo robó á la posteridad las actas de Sta. Eufemia, con las de otros muchos héroes que han florecido en España, aunque sabemos por testimonios de una venerable antigüedad comprobados con la tradicion de la invencion de su venerable cuerpo, y de su traslacion á la santa iglesia de Orense. Guardaba cierta pastorecilla unas ovejas en los confines de Galicia y Portugal; vió que de la tierra salia una mano que tenia un anillo de oro; quitóselo la inocente y quedó repentinamente muda. Llevólo á sus padres, los cuales por las señas de la hija entendieron que lo habia hallado en el campo. Siguiéronla, y encontraron la mano, y le restituyeron el anillo, y su hija al punto recobró el habla. Al mismo tiempo oyeron una voz que decia: Aquí está el cuerpo de Sta. Eufemia; procurad que lo saquen y lo depositen honoríficamente en el templo de Sta. Marina; y así se hizo. Este templo era una pequeña iglesia ó ermita que habia en la misma raya que divide de Portugal á Galicia, entre los rios Limia y Caldo. Fijase el hallazgo en el año 1090; y como unos setenta años estuvo en el templo de Sta. Marina el sagrado cuerpo.

Intentóse varias veces trasladar el venerable cuerpo de Sta. Eufemia á diferentes iglesias; pero fueron en vano todas cuantas diligencias se hicieron para este efecto, hasta que lo consiguió

D. Pedro Seguino, obispo de Orense, habiendo alcanzado de Dios este favor á virtud de sus fervorosas súplicas. Quiso impedirlo el arzobispo de Braga alegando pertenecerle, cuyo derecho esponia el de Orense; pero para imponer fin á la disputa se convinieron ambos prelados, que se pusiese el cuerpo de la Santa sobre un carro tirado de bueyes sin domar, para que fuese llevado adonde los guiase la Providencia. Tomaron estos el camino para Orense, encaminándose á un pueblo llamado *Mediana*, donde un energúmeno que tocó el féretro con fe, quedó sano. Desde este lugar pasaron á las cercanias de Orense, y pararon en un sitio cerca de la ciudad, donde por entonces su puso una cruz de piedra con la efigie de la Santa con unos caracteres espresivos del suceso: de allí se trasladaron procesionalmente las venerables reliquias á la iglesia catedral y las colocaron debajo del altar mayor.

Por los años de 1160, el rey D. Fernando II de Leon, por intercesion de la santa virgen y del patrono S. Martin, sanó de una grave enfermedad, con cuyo motivo concedió al obispo D. Pedro el monasterio de *Siapal*, y á Sta. Eufemia la iglesia de Santiago de las Caldas. El obispo D. Alfonso II, sucesor de D. Pedro, escribió un libro de los milagros que obraba Dios por intercesion de su sierva, y trasladó su cuerpo á un nicho de una capilla colateral del lado de la Epístola. El año 1720 fueron colocadas las reliquias en los altares nuevos que se edificaron en la capilla mayor. El anillo se guardaba en la sacristía, y lo llevaban á los enfermos, y sanaban muchos tocándolo. Tambien se guarda la sábana en que estuvieron envueltas las sagradas reliquias, y sirve tambien de consuelo á los enfermos.

La misa es en honor de S. Jacinto, y la oracion la siguiente:

O Dios, que cada año nos celebremos la nueva vida que alegras con la solemnidad de tu recibí en el cielo, imitemos la confesor el bienaventurado Ja- que hizo mientras vivió en la cinto, concédenos que cuando tierra. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Eclesiástico, y la misma que el día VII, pág. 128.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha. ¿Y quién será este dichoso? ¿quién se podrá lisonjear de haber conservado pura su inocencia, sin borron, sin sombra ni alteracion? ¿á

qué alma, unida á este miserable cuerpo, no se atrevió la mancha del pecado? Aun entre aquellas que fueron santificadas por la gracia, ¿cuantas se encuentran que hubiesen mantenido intacta esta preciosa flor sin haberse marchitado? Solo se encuentra una entre las puras criaturas, que por privilegio especial fuese preservada de toda mancha; esta fué la santísima Virgen María en el immaculado misterio de su purísima Concepcion; mas santa en aquel primer instante que todos los santos juntos en el último momento de su vida; y aumentando su inocencia en todos los de la suya, bien léjos de echar en ella el mas mínimo borron. Siendo amada hija del Eterno Padre, ¿como habia de estar ni un solo momento en su desgracia? Siendo madre querida del divino Verbo, ¿como habia de admitir en su alma ni aun el mas leve pecado? Siendo ella sola escogida entre todas las criaturas para esposa única del Espíritu Santo, ¿como no habia de ser toda hermosa y toda immaculada? *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Esto dice de la Virgen el mismo Espíritu Santo; y esto repite de ella muchas veces la santa Iglesia. Así como en virtud de la union que la humanidad contrajo con el Verbo exigia una gracia y una gloria infinita, es decir, la mayor que puede Dios comunicar á una criatura; á semejante modo la union que la Virgen contrajo con su Hijo por su divina maternidad, pedia tambien la mayor plenitud de gracia que pudiese Dios comunicar á una pura criatura, dice Sto. Tomás (1. p. q. 23. art. 6. ad 4.) Ciertamente parece que hubiera sido indigna de concebir al Verbo divino, dicen los padres, si su alma hubiera contraido la culpa original; pues aun la impuridad del cuerpo, aunque exenta de todo pecado, hubiera sido estorbo á esta divina concepcion. ¿Ni como cabe que dejase de preservarla de tan gran mal aquel mismo Dios, que por eximirla de otros, sin comparacion menos considerables, como de los dolores en el parto, y de la corrupcion en el sepulcro, trastornó tantas veces todo el orden de la naturaleza? La primera mujer fué criada sin culpa original, y en el estado de la inocencia; pues si María hubiese contraido aquella culpa, ¿como habia de ser bendita entre todas las mujeres? Por otra parte la Reina de los ángeles no debia de ser inferior á aquellos espíritus celestiales. Finalmente, la infamia de la madre se refunde en el hijo; ¿pues como es creible que este Hijo todopoderoso permitiese que su querida Madre fuese confundida ni por un solo momento entre el inmenso tropel de los esclavos del demonio, habiendo sido criada para ser reina del cielo y de la tierra? Todas estas son razones de congruencia y de decencia; así es, ¿pero creemos posible que el Señor hiciese cosa menos decente?

Era muy decente, dice S. Anselmo, que aquella á quien el Eterno Padre daba por hijo á su propio Hijo fuese tan pura, que despues de la pureza de Dios no se pudiese imaginar otra mayor que la suya: *Decens erat, ut ea puritate qua major sub Deo nequit intelligi, Virgo illa niteret.* (Lib. de Concept. Virg. 6. 18.) Grande error es pensar que sin un corazon puro se pueda tener verdadera devocion, ni agradar á la santísima Virgen.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el dia IV, pág. 79.

MEDITACION.

De la verdadera devocion á la Santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que aunque no es posible que entre las personas dedicadas al servicio de la Virgen se hallen algunos devotos indiscretos; no es muy difícil encontrar en el mundo censores temerarios que tengan la impiedad de censurar esta santa devocion. A los impíos no les entra, y los herejes abiertamente la desacreditan. Siendo tan importante evitar el primer abuso, aun es mucho mas necesario mirar con horror el segundo precipicio. No es menos peligroso delante de Dios condenar con temeridad un culto santo y legitimo, que practicar por ignorancia el excesivo y supersticioso. Se han de evitar estos dos escollos. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que el verdadero culto que se rinde á la Madre de Dios. Es locura imaginar que se puede agradar á éste mirando con indiferencia á su Madre. La tierna devocion y el afectuoso culto que se tributa á la Madre no es el medio menos proporcionado para merecer la gracia y los favores del Hijo. Considerémoslo por lo mismo que pasa naturalmente entre los hombres. Pero tambien es portentosa ilusion persuadirse á que se puede agradar á la Madre mientras se está en desgracia del Hijo. Los indiscretos y los falsos devotos de la santísima Virgen son únicamente aquellos cuya devocion consiste precisamente en alistarse en alguna piadosa congregacion ó cofradia erigida en honor de esta Señora, ó en rezarla diariamente algunas oraciones, sin dárselos mucho por vivir cristianamente ni por arreglar sus costumbres, y engañados de una falsa confianza en el poder de la Virgen, viven tranquilamente adormecidos en el pecado. ¿Donde hay mas extravagante error? Es verdad que por gran pecador que uno sea debe acudir á la Madre de misericordia, solicitar su bondad, tener grande confianza en su proteccion

y en su poder, implorar su asistencia para conseguir por su medio del Señor gracia eficaz para convertirse y para salir del pecado. ¿Pero mirará nunca la santísima Virgen como á siervo suyo á quien quiere vivir de asiento en el desórden? Si eres su devoto, ella hará que te conviertas para entrar verdaderamente en su servicio; pero jamás admitirá ni considerará estar en él el que quiere perseverar en el pecado, ni hace esfuerzo alguno para salir de estado tan infeliz. La verdadera devocion á la santísima Virgen es inseparable de la pureza de costumbres y de una vida arreglada. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que alistarse en las cofradias erigidas á su honor, que pagarla todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los dias el piadoso tributo de alabanza, de buenas obras y de ejercicios de devocion. Nunca será excesiva nuestra exactitud, ni nuestra apresurada puntualidad en tributarla estos reverentes cultos. Pero si queremos que le sea grata nuestra devocion, vivamos con una pureza inalterable imitando sus virtudes.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que despues que la Iglesia universal declaró por artículo de fé en el solemnisimo decreto del concilio general Efesino que la Virgen era verdadera madre de Dios, no hay honor que no la convenga, ni culto, á escepcion del de latria, que no le sea debido. Dad á Maria, dice S. Bernardo en una carta á los canónigos de Leon, dad á Maria las alabanzas que la pertenecen. Decid que ella encontró para sí y para nosotros la fuente de la gracia. Decid que es la medianera de la salvacion, y la restauradora de los siglos; tendreis mucha razon en decirlo. Esto es lo que toda la Iglesia publica, y lo que canta de ella todos los dias en el oficio divino: *Hæc mihi de illa cantat Ecclesia*. No; no temais escederes nunca ni en los elogios ni en los cultos de la santísima Virgen. Por mucho que digamos y por mucho que pensemos de la Madre de Dios, siempre será mucho menos de lo que merece. Despues de Dios y despues de Jesucristo es nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra*. Despues de su Hijo pongamos toda nuestra confianza en Maria. Jesucristo es misericordioso, pero es justo. En Maria no hallaremos mas que misericordia; ella es el refugio de todos los pecadores que se quieren convertir. Si su poder es sin limites, su bondad es sin medida. *Desde luego consiento*, dice este Padre, *que jamás se hable de vuestra misericordia, ó bienaventurada Virgen Maria, como se halle alguno que pueda decir con verdad que le faltasteis cuando os invocó en sus necesidades*. Pero si nuestra devocion á la santísima Virgen ha de ser

llena de confianza, no debe ser menos animada de zelo y de amor. Es la Virgen nuestra dulcísima madre, y aunque hayamos sido de los mayores pecadores del mundo, siempre nos ama con ternura como encuentre en nuestro corazon el arrepentimiento que ella misma nos consigue. Es la madre del amor hermoso; ¿serémos nosotros hijos frios ó indiferentes en su obsequio, ni en todo lo que pertenece á su gloria? ¿Con qué devocion debemos celebrar todas sus fiestas! ¿con qué atencion, con qué religion, con qué respeto rezar sus oraciones y su oficio! ¿con qué pureza de conciencia practicar todas las devociones que se dirigen á su honra! ¿con qué veneracion adorarla en sus imágenes! ¿con qué ardor, con qué zelo, con qué fidelidad hacer profesion de ser siempre siervos suyos! Tengamos dentro del alma esta verdadera devocion; para que lo sea tal, debe ser pura, ardiente, afectuosa y constante. ¿Y como dejará de ser eficaz teniendo todas estas cualidades?

Virgen santa, cuento, y contaré siempre con tu poderosa proteccion. Lleno de confianza en tu bondad, espero que será verdadera la devocion que te profeso. Para siempre me dedico á tu servicio; alcanzadme aquella pureza de corazon y de cuerpo, sin la cual sé muy bien que no te puedo agradar. De aquí adelante sereis mi querida madre; y espero me conseguireis la gracia de que sea contado en el número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros mas amantes hijos.

JACULATORIAS. — Mostraos, ó Virgen santa, amorosa madre mia. (*Ecclesia*.)

Maria, madre de gracia, madre de misericordia, libranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus manos. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 Nunca temamos, dice S. Bernardo, escedernos en lo que decimos cuando se trata de elogiar y de honrar á la santísima Virgen. Nunca rezelemos propararnos en lo que hacemos, cuando se habla de manifestarla nuestro amor y de reconocer sus beneficios. Hónrate de ser siervo de Maria, y de llevar sus piadosas insignias ó libreas con alegría y con respeto. La devocion al santo rosario, y al santo escapulario, es una de las mas sólidas que puedes tener; una y otra están auténticamente aprobadas por la Iglesia, y los sumos pontífices convidan con sus indulgencias y abundantes gracias á todos los fieles para que se alistén en estas dos santas cofradias. Si no estás alistado en ellas, no se

te pase esta octava sin hacerlo. Si tienes la dicha de estarlo, examina cuidadosamente si cumples con zelo y con exactitud las cargas y las obligaciones que imponen; y renovando hoy tu devoción y tu fervor, haz propósito de cumplirlas con la mayor puntualidad. Hay también otras congregaciones, instituidas todas en honor de la santísima Virgen, como la de la Esclavitud, la del interior de María, la de su sagrado Corazón, y otras muchas. Aprécialas todas como piadosas industrias, y medios muy propios para conseguir la salvación.

2 El rosario es una devoción muy agradable á la santísima Virgen; haz propósito de rezarle todos los días; y es muy conveniente fijar la hora en que lo debes hacer, á imitación de la Iglesia, que nunca muda la hora, que según el tiempo determinó para celebrar sus oficios. Se adquiere cierta especie de mérito particular en hacer siempre las devociones en horas determinadas. El variarlas sin motivo, es señal de inconstancia en la devoción, y una ligereza que desagrade á Dios. Todas las tardes de la octava haz una visita á aquella iglesia ó capilla de la Virgen, donde con mas particularidad se celebra la fiesta de su Asunción, y ten en ella un rato de oración.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE SAN LORENZO, mártir.

LOS SANTOS MÁRTIRES LIBERATO abad, BONIFACIO diácono, SERVO Y RÚSTICO subdiáconos, ROGATO Y SEPTIMO monges, y MÁXIMO muchacho, en Cartago en Africa; los cuales en la persecución de los vándalos en tiempo del rey Hunerico por confesar la fe católica y la unidad del Bautismo fueron atormentados con diversos y nunca oídos suplicios; finalmente enclavados en leños para quemarlos en una hoguera, aunque procuraron encenderlos varias veces, por virtud de Dios nunca prendió el fuego, y entonces les mandó el rey acabar á golpes de remos, con que les hicieron saltar los sesos, y alcanzaron la gloriosa corona del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN MAMAS (ó MAMETE), mártir, en Cesarea en Capadocia; el cual padeció un continuado martirio desde su tierna edad hasta su vejez, consumándolo felizmente en el imperio de Aureliano por decreto del presidente Alejandro: los santos padres Basilio y Gregorio Nacienceno hacen de él los mas grandes elogios. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MIRON, presbítero y mártir, en la Acaya; el cual en el imperio de Decio por mandato del presidente Antipatro padeció muchos tormentos, y últimamente fué degollado en Cizico.